

el aire, por la ligera brisa que hace oscilar su gavia.

Mira sin ver el círculo ilimitado del horizonte: está como fatigado de espacio y de luz. Su ojos atónitos se detienen al acaso, porque todo es igual por todas partes.

Por todas partes es igual todo: es el gran esplendor inconsciente y ciego de las cosas que los hombres creen hechas para ellos. Por la superficie de las aguas corren soplos vivificantes que nadie respira; el calor y la luz están esparcidos sin medida; todas las fuentes de la vida están abiertas sobre las silenciosas soledades del mar y las hacen resplandecer de un modo peregrino.

La extensión brilla y reluce bajo un sol constante. Los grandes resplandores de mediodía caen en ese desierto con una magnificencia perdida é inútil.

En este momento Ives cree distinguir, allá, lejos, un objeto menos azul, y concentra en él su atención, extraviada poco antes en aquella brillante y serena monotonía; es, sin duda, el mar que se rompe en islas desconocidas y á flor de agua, que en ninguna carta han aparecido nunca indicadas.

¡Cuán lejos está Bretaña!... ¡Y los senderos verdes de Toulven!... ¡Y su hijo! Ives ha salido

de su meditación; mira, con la mano extendida encima de los ojos, aquella línea que blanquea siempre.

No tiene trazas de desertor, porque aún lleva el gran cuello azul de los marineros. Ahora ya ha visto bien lo que llamaba su atención, é inclinándose en el vacío, grita para los que están abajo: *¡arrecifes á babor!*

No; Ives no ha desertado, porque el barco en que navega es el *Primauguet*, de la marina de guerra.

No ha desertado, porque continúa cerca de mí; y cuando él ha anunciado desde arriba la proximidad de los arrecifes, soy yo quien sube á la gavia en que él está, para reconocerlos.

En Brest, aquel día de triste recuerdo en que quiso abandonarnos, le vi pasar, como desertor, llevando sus efectos de marinero doblados y empaquetados en un pañuelo; yo le seguí desde lejos hasta Recouvrance. Dejé subir á María; después subí yo. Ives, al salir, me encontró en la puerta para impedirle el paso, con los brazos extendidos, lo mismo que en otra ocasión en Toulven. Pero en esta ocasión no se trataba, como entonces, de oponerse á un capricho pueril, sino de entablar con mi hermano una lucha suprema.

Esta lucha fué larga y empeñada; momentos hubo en que advertía que me abandonaban las fuerzas, y estuve á punto de dejarle en manos del destino cruel que le arrebatava.

De pronto, su resistencia cesó bruscamente; mi pobre hermano comenzó á derramar copiosas lágrimas; lágrimas que necesitaban salir desde hacía muchas horas, y que no podían salir porque los ojos de Ives eran refractarios á esta debilidad. Pusímosle entonces en las rodillas á Periquillo, que acababa de despertarse. Periquillo no le guardaba rencor. Rodeó con sus bracitos el cuello de su padre, y el pobre Ives concluyó por decirme:

—Corriente, hermano mío; haré lo que usted me diga que debo hacer. Pero no importa el cómo; usted ve que estoy perdido.

Graves eran, en efecto, las circunstancias, y yo mismo no sabía qué determinación tomar; ¡una especie de rebelión, haber huido de á bordo estando castigado, un quebrantamiento de condena y tres días de ausencia!... Pensé en decirles, después de haberles hecho abrazarse: «Huid ambos; huid los tres, queridos amigos, porque es ya tarde para hacer otra cosa. Que Ives parta, desde luego, en su *Bella Rosa*; después os reuniréis en América.»

Pero no; aquello era demasiado horrible; ¡abandonar para siempre el país de Bretaña, la casita de Toulven y á los pobres padres ancianos y achacosos!

Entonces, asustado de la responsabilidad que sobre mí echaba, resolví, sin embargo, lo contrario: devolver aquella tarde misma el anticipo cobrado al capitán Kerjeán, y al día siguiente por la mañana, apenas se abriese el puerto, poner á Ives á disposición de la autoridad marítima. Días muy penosos habían seguido á esta resolución, días de gestiones y de esperanzas; al cabo, con mucha benevolencia, las cosas se habían arreglado del modo siguiente: un mes de prisión y seis meses de suspensión de empleo y sueldo de contra maestre. Ives volvió á ser simple marinero y á tener la paga de antes.

He aquí cómo mi pobre Ives, embarcado de nuevo conmigo en el *Primauguet*, se hallaba en su gavia, gaviero como antes y trabajando lo mismo que antiguamente.

El y yo, de pie sobre la verga de mesana, con el cuerpo inclinado hacia fuera, en el vacío, con la una mano extendida delante de los ojos y la otra asida á las cuerdas, registrábamos ambos el fondo de las resplandecientes soledades.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1926 MONTERREY, MEXICO

des azules, examinando aquellas rompientes que blanqueaban; su continuo ruido semejaba sonido lejano de órgano de iglesia en medio del mar silencioso.

Era efectivamente una isla de coral, que ningún navegante había señalado; habíase elevado lentamente desde las profundidades; durante siglos y siglos había empujado con paciencia sus ramos de piedra; aún no era más que una corona inmensa de espumas blancas que producía, en medio de la solemne calma del mar, un ruido de cosa viviente, una especie de mugido constante y misterioso.

Por los demás lados la extensión azul era uniforme, profunda, infinita; se podía continuar el viaje.—Has ganado *la doble*, hermano, dije á Ives.—Quería yo decir doble ración de vino en la comida de la tripulación. A bordo esta doble ración de vino es siempre la recompensa de los marineros que anuncian primero tierra ó peligro; también de los que, sin ayuda de lazos, cogen una rata, ó de los que se visten más primorosamente que los otros para la inspección del domingo.

Ives se sonrió; pero como quien de pronto recuerda algo triste, me dijo:

—Ya sabe usted que ahora el vino y yo... Pero eso no importa; me lo dan, y mis compañeros de mesa lo beben.

Efectivamente; desde que había derribado á su hijo contra el morrillo de la chimenea, Ives sólo bebía agua. Había jurado sobre aquella cabecita herida hacerlo así; aquel había sido el primer juramento solemne de su vida.

Hablando estábamos los dos allá arriba, respirando aquel aire virgen, puro, saludable, en medio de las velas ligeramente henchidas, muy blancas bajo los rayos del sol, cuando oímos de pronto un silbido que partía de abajo, silbido particular que significaba: «El jefe de la gavia de mesana que baje inmediatamente.» El jefe de la gavia de mesana era Ives; bajó de cuatro en cuatro los escalones para saber lo que le querían. El segundo comandante le esperaba en su cámara; yo sabía el motivo de esta llamada.

En aquellos mares lejanos y tranquilos por los que á la sazón navegábamos, todos los marineros andan un poco embrollados en lo relativo á estaciones, meses, días... La noción de las divisiones convencionales se pierde para ellos en aquella monotonía del tiempo.

En efecto; el verano, el invierno... no pueden

ser distinguidos por ellos en aquellos climas tan completamente distintos del suyo. Ni los objetos de la Naturaleza vienen en su auxilio para indicarles nada; siempre el agua ilimitada, siempre el barco; en la primavera nada reverdece.

Ives había vuelto á comenzar, sin pena, su existencia de otros tiempos, sus costumbres de gaviero, su vida en la gavia, casi desnudo, al sol y al viento, con su cuchillo y sus amarras. No había contado los días, porque todos eran iguales, confundiéndose por la regularidad de los *cuartos*, por la alternativa de un sol siempre ardiente y de unas noches siempre puras. Había aceptado este tiempo de castigo sin medirle.

Pero los seis meses de la pena impuesta terminaban en aquel día, y el comandante debía darle orden de volver á tomar sus galones, su pito de plata y su autoridad de contramaestre. El jefe le dió la noticia amistosamente y con un buen apretón de manos, porque Ives, mientras había durado su castigo, se había conducido como verdadero modelo de valor y de disciplina; ninguna gavia estuvo nunca tan admirablemente servida como la suya.

Ives volvió adonde yo estaba y, muy regocija-

do, me dijo:—¿Por qué no me había usted dicho que era hoy?

Habíanle prometido que si continuaba conduciéndose bien, su castigo se daría por completo al olvido. Decididamente el juramento solemne, hecho sobre la cabeza vendada de su hijo, al terminar aquella noche terrible, le valía más de lo que él mismo había esperado.

### LXXXIII

En la tarde del mismo día, hállase en mi cámara Ives, que trabaja, y trabaja de prisa, para poner, antes de que anochezca, los galones de sus mangas. Siempre parece extraño Ives, con su aire de truhán, cuando se dedica á la costura.

No son muy hermosos, que digamos, sus vestidos: los pobres han servido mucho. Al partir de Brest no era rico, y para no aumentar la *merma* de su paga, no había querido tomar muchas prendas en el almacén. Pero están muy limpias y tan bien cosidas y arregladas, que pueden pa-

sar; los galones nuevos dan á la ropa cierto aire de frescura y de juventud.

Por otra parte, Ives tiene muy buen aspecto con cualquier cosa; y como á bordo no se engalana uno demasiado, sin ropa podrá tirar hasta la terminación de esta campaña. En cuanto á dinero, Ives no lo tiene; casi ha llegado á olvidar su uso y su valor, cosa que sucede con mucha frecuencia á los marinos. Porque él ha facultado á su mujer en Brest para cobrar todo su *sueldo* y *haber*, todo lo que gana.

Cuando llega la noche, la obra está concluída; dobla sus vestidos cuidadosamente, en seguida barre los hilachos que han caído en mi habitación. Infórmase después con toda exactitud del mes y del día en que se halla, enciende una bujía y se pone á escribir:

«En alta mar, á bordo del *Primauguet*, 23 Abril 1882.

»Querida esposa: Te escribo hoy algunas palabras de prisa en la cámara de D. Pedro. Echaré esta carta en el correo del mes que viene cuando lleguemos á las islas Hawai, un país... (estoy muy seguro de que no sabes dónde se encuentra).

»Es para decirte que he vuelto á coger mis galones, y que, puedes estar tranquila, ya no se me

escaparán otra vez. Ahora los he cosido muy firmes.

»Querida esposa: esto me prueba, sin embargo, que sólo hace seis meses justos que me separé de ti la última vez; aún no estamos muy cerca de volver á vernos. Por mí, tengo ya prisa de ir á dar una vuelta á Toulven, para estrecharte la mano y además instalar nuestra casa, y no solamente para eso, como tú comprendes, sino para vivir algún tiempo contigo y ver á Periquillo correr algunos ratos. Será necesario que cuando regresemos me den una licencia muy larga, lo menos de quince ó veinte días; y aun puede ser que no haya bastante con veinte y tengamos que pedir treinta.

»Te diré, sin embargo, mi querida María, que á bordo soy muy dichoso, sobre todo por haber podido embarcarme con D. Pedro; esto era lo que yo deseaba hace mucho tiempo. Es una magnífica compañía; sobre todo muy económica para mí, que, como sabes, necesito ahorrar mucho dinero. Puede ser que antes de desembarcar me propongan para *segundo*, porque estoy muy bien con todos los oficiales.

»También quiero decirte que los *peces voladores*...»

¡Crac!... En el puente se oye sonar el pito, para decir:

«¡Todo el mundo arriba para coger rizos!»

Ives desaparece, y nadie ha podido saber el fin de esa historia de los peces voladores.

Ives ha conservado con María su modo de ser y de escribir de niño. Conmigo ha cambiado; es otro Ives más pulimentado que el antiguo.

#### LXXXIV

La noche que sigue es clara y deliciosa. Continuamos caminando dulcemente por el mar del coral, con una brisa templada, adelantando con precaución por miedo de encontrar las islas blancas; escuchando el silencio, temerosos de oír el hervidero de los arrecifes.

Desde la media noche á las cuatro de la mañana, el tiempo del cuarto se emplea en velar en medio de aquella paz grande y extraña de las aguas australes.

Todo es azul verde, de un azul noche y un

color de profundidad; la luna, que se halla muy alta, arroja sobre el mar reflejos que se mueven sin cesar como si en el espacio inmenso hubiese manos misteriosas que agitasen sin ruido millares y millares de espejitos. Las medias horas se deslizan, unas en pos de otras, tranquilas; la brisa igual, las velas ligeramente henchidas. Los marineros de cuarto, vestidos de dril, duermen en el puente, colocados en hileras, echados todos del mismo lado y encajonados unos en otros como series de momias blancas.

De media en media hora óyese la vibración de la campana; entonces parten dos voces de la proa del buque que cantan, una en pos de otra, con una especie de ritmo lento: ¡Alerta á la serviola, babor! dice la una; ¡Alerta á la serviola, estribor! dice la otra. Este ruido, que parece, en medio de aquel silencio, clamor espantoso, sorprende. Después, las vibraciones de las velas y de la campana cesan y no se oye ninguna otra cosa.

Sin embargo, la luna va bajando con lentitud, y su luz azulada se debilita; ahora se halla más cerca de las aguas, y dibuja en ellas un resplandor grande y prolongado que anda.

La luna llega á parecer amarilla, apenas alum-

bra, como la luz de una lámpara que se extingue.

Poco á poco principia á crecer, á crecer; adquiere dimensiones desmesuradas y color rojizo, se desfigura, se sumerge, extraña, espantosa, ya no se sabe qué es lo que se ve: en el horizonte es un fuego grande y sin brillo, fuego de color de sangre.

Es demasiado grande para ser la luna; ahora, objetos lejanos dibujan delante sus enormes siluetas negras, torres colosales, montañas que se desmoronan, palacios gigantescos...

Se experimenta algo así como si un velo de nieblas se apodera de los sentidos; la noción de la realidad se pierde. Parece que se siente la presencia de ciudades apocalípticas, de pesadas nubes de sangre, de maldiciones suspendidas sobre nosotros... Es la concepción de los espantos infinitos, de los aniquilamientos caóticos, del fin del mundo...

Un minuto de sueño interior que surge, mal que pese á la voluntad más firme y más serena; un delirio del que duerme de pie... sueño y delirio que se desvanecen muy pronto.

¡Espejismo!... Ahora ha concluído, y la luna se ha puesto. Allí no había otra cosa que el mar inmenso y los vapores errantes que anuncian la

llegada del día; ahora que la luna no está detrás de ellos, ni aun se los distingue. Todo se ha desvanecido, y reaparece la noche, la verdadera noche, siempre pura y tranquila.

Muy lejos están de nosotros aquellos países del Apocalipsis, porque estamos en los mares del coral, sobre la otra cara del mundo, en que no hay nada sino el círculo, el espejo ilimitado de las aguas.

Un timonel ha ido á mirar la hora en el reloj.

Por deferencia á la luna debe anotar en este gran registro, siempre abierto, que es el *cuaderno de bitácora*, el momento preciso en que se pone.

En seguida vuelve para decirme:

—Capitán, ya es hora de despertar *el cuarto*.

¡Ya! ¡Terminadas ya mis cuatro horas de noche! Y el oficial de relevo va á presentarse en seguida.

Entonces mando: *¡Jefes y cargadores, á despertar el cuarto!* (1).

Algunos, de aquellos que en el puente dor-

(1) Voz de mando reglamentaria. A bordo, la tripulación está dividida en cierto número de *series*, cada una de las cuales forma el servicio de una pieza de artillería. El jefe y los artilleros de esa pieza deben conducir á los individuos de su serie y despertar á los que han de reemplazarlos en el cuarto. (N. del A.)

mían semejando momias blancas, se levantan, despiertan á algunos otros; se alijan una banda de ellos y bajan del puente. Después óyense abajo, en el entrepuente, una veintena de voces que cantan, unas en pos de otras, un aire muy antiguo, alegre y burlón:

«¿Has oído? Los de estribor, de pie, en cuarto, de pie, de pie, de pie...»

Van y vienen, se encorvan sobre las hamacas, y pasan sacudiendo con gran violencia á los que dormían.

Después mando de nuevo, en voz muy alta:

«¡Arriba los de estribor; á la llamada!»

Salen entonces con precipitación, á medio vestir todos, bostezando unos, desperezándose otros, tropezando muchos. Se alínean por grupos en sus puestos, mientras que un hombre con un farol los mira y los cuenta. Los que dormían en el puente van abajo á ocupar los sitios que han dejado vacantes éstos.

Ives ha subido entre los de estribor, á quienes se ha despertado. Reconozco las notas de su pito de plata, notas que no había oído ya hacía cerca de un año. Después oigo su voz que, por primera vez, suena y manda en el puente del *Primauguet*.

Entonces le llamo oficialmente por su título, que acaban de devolverle: *Contramaestre de cuarto*.

Era solamente para darle un apretón de manos y darle la bienvenida antes de ir á dormir.

#### LXXXV

—¡Hala un cabo á bordo, Goulven!

Era una aproximación muy difícil. Me dirigía yo, con un bote del *Primauguet* á abordar un barco ballenero de aspecto sospechoso, que no llevaba bandera.

Siempre en el Océano Austral, cerca de la isla Tonga-Tabou. El *Primauguet* hallábase anclado en la bahía de la isla, dentro de la línea de los arrecifes, al abrigo del coral. El otro, el barco ballenero, permanecía en alta mar, como dispuesto á la huida, y la marejada era violenta cerca de él.

Enviábaseme para reconocerle; para ponerle *al habla*, como se dice en la profesión.

—Hala á bordo, Goulven, halal

Levanté la cabeza hacia el hombre que se llamaba Goulven, y era el que desde el barco sospechoso sujetaba la amarra que acababan de echarme. Su aspecto y su mirada me sorprendieron, por lo mismo que me eran muy conocidos; era otro Ives, menos joven, aún más moreno y tal vez más atlético; pero se parecía tanto en sus ojos y en su mirada, que era como una *contrafigura* de Ives mismo, que me impresionaba.

Había yo pensado, efectivamente, que algún día podríamos encontrar á este Goulven en alguno de los barcos balleneros con los cuales tropezábamos de tarde en tarde en las aguas del Océano, y con los que me ponía al habla si me parecían sospechosos.

Desde luego me dirigí á él sin hacer caso del capitán, que era un americano enorme, con cabeza de pirata y una barba larga y espesa como las ovas marinas. Yo entraba allí como en país conquistado, y las fórmulas de cortesía me importaban poco.

—¿Usted es Goulven Kermadec?

Y me adelantaba hacia él, tendiéndole la mano; tan seguro estaba yo de no equivocarme.

Pero él palideció y comenzaba á retroceder: tenía miedo.

Y observé que en un movimiento salvaje, casi de fiera, cerraba los puños, estiraba los miembros, como disponiéndose á resistir en una lucha desigual y desesperada.

¡Pobre Goulven! La sorpresa de oirme pronunciar su nombre, y luego mi uniforme y los dieciséis marineros armados que me acompañaban. Goulven había creído que yo venía, en nombre de las leyes francesas, para apoderarme de él, y era como Ives: ante la violencia se exasperaba.

Fué necesario un momento para tranquilizarle; después, cuando supo que su *hermano menor* era mi hermano, y que estaba allí, en el buque de guerra, me pidió perdón de sus temores con la misma sonrisa bondadosa y franca que tantas veces había yo visto en Ives.

La tripulación tenía una fisonomía original. El barco mismo presentaba todas las trazas de una cueva de bandidos. Desgastado, estropeado por el mar al cabo de tres años de andar errante por las olas del Gran Océano, sin haber tocado tierra alguna civilizada; pero sólido aún, útil para navegar. De sus obenques, desde arriba á abajo, de cada una de las escalas, colgaban barbas de balle-

na que parecían largas franjas oscuras; hubiérase dicho que el barco había navegado bajo el agua y se había cubierto por una cabellera de algas.

En el interior estaba cargado de grasas y aceites de los grandes mamíferos que habían pescado. Había allí una verdadera fortuna, y el capitán se proponía regresar muy pronto á California, donde se hallaba su puerto.

Era aquella una tripulación *mixta*: dos franceses, dos americanos, tres españoles, un alemán, un grumete indio y un cocinero chino. Además, una peruana, medio desnuda como los hombres; era la mujer del capitán. Esta mujer amamantaba á un niño de dos meses, engendrado y nacido en el mar.

La habitación de esta familia estaba á popa, y tenía gruesas paredes de encina sólida, que la convertían en una especie de fortaleza y el interior era un arsenal de revólvers, *rompecrismas*, sables, etc., etc. Estaban tomadas todas las precauciones precisas para sostener allí, en caso necesario, un sitio contra toda la tripulación.

Por lo demás, los papeles estaban en regla. No había izado bandera porque no la tenía; las ratas se habían comido la última, de la cual me mostraron algunos pedazos: tenía los colores de Amé-

rica del Norte, blanco y rojo, con el cuartel estrellado. Nada había que pedir. Todo esto era perfectamente correcto.

Goulven me preguntó si conocía yo Plouherzel; díjele entonces que había dormido allí una noche, bajo el techo de su madre anciana.

—¿Y usted, le pregunté, no piensa volver por allí?

Comprendí que aquel recuerdo le hacía padecer cruelmente.

—Ahora es ya muy tarde. Allí mi castigo habría de ocupar al Estado; estoy casado en California y tengo dos hijos en Sacramento.

—¿Quiere usted venir conmigo á ver á Ives?

—¿Irme con usted? replicó Goulven en voz baja y sombría, como asombrándose de que yo le propusiera eso. ¿Yo con usted? Pero ¿no sabe usted que soy desertor?

También en aquel momento Goulven era Ives; dijo aquellas palabras con un tono que me hizo daño.

Al fin y á la postre, yo me explicaba perfectamente sus temores de hombre libre y amante de su independencia; yo respetaba su terror de pisar tierra francesa, porque el puente de un buque de guerra francés es tierra francesa; á bordo del

*Primauguet* había derecho para capturarlo: era la ley.

—¿Tiene usted, á lo menos, deseos de verle? dije.

—¡Que si tengo deseos de verle! ¡A él, á mi pobre Ives!

—Bien está, pues yo se lo traeré á usted. Cuando venga, solamente suplico á usted que le aconseje ser juicioso. ¿Me comprende usted, Goulven?

Goulven fué entonces quien me cogió la mano y la estrechó entre las suyas.

## LXXXVI

Había yo aceptado el ofrecimiento de comer con el capitán *ballenero* al día siguiente.

Nos habíamos comprendido perfectamente. No tenía ninguno de los rasgos de los hombres educados con esmero; pero no era tampoco un hombre ignorante ó superficial. Además, aquel era el único medio que yo tenía de llevar á Ives á su barco.

Temía yo que á la mañana siguiente nos encontrásemos con que el barco ballenero había desaparecido, volando durante la noche como un pájaro salvaje. Pero no; allí estaba, en el mismo sitio; con las franjas negras en sus obenques, destacándose sobre el gran espejo circular de las aguas, que aquel día estaban inmóviles, pesadas y bruñidas como corriente de plata. El convite, pues, era serio, y se me esperaba. Por precaución quiso el capitán que los lancheros que me acompañaban fuesen armados y permaneciesen allí todo el tiempo conmigo. Aquello venía perfectamente para Ives, y le tomé como patrón.

## LXXXVII

El capitán me recibió en traje bastante correcto de *yankee*; la muchacha peruana, completamente transformada, llevaba un vestido de seda color rosa y un magnífico collar de perlas de la isla Pomotva; me admiro al observar que es hermosa y arrogante.

Ya estamos en el alojamiento de las espesas paredes forradas de hierro. Hay poca luz, y la atmósfera es pesada; pero por las ventanillas se ven resplandecer cosas que parecen de encantamiento: un mar de azul lechoso con el brillo de la turquesa; una isla lejana, de un violáceo rojo del iris, y nubecillas anaranjadas que flotan en un cielo profundo de oro verdoso.

Después, separando la vista de esas ventanillas abiertas, de estas contemplaciones de luz, aún parece más extraña aquella habitación, irregular bajo sus vigas enormes, con su arsenal de revólvers, de correas y de látigos.

Comemos en el banquete conservas de San Francisco, exquisitas frutas de la isla Tonga-Tabou; *agujas*, que son unos pececillos finos de los mares cálidos, bebemos vinos de Francia, *pisco* peruano y licores ingleses.

El chino que nos sirve lleva una túnica de seda de un color violeta *obispo* y zapatos con suelas de papel muy altas. La peruana canta una danza de Chile, punteando en su bandurria ó vihuela una especie de acompañamiento que parece el monótono cascabelear de una mula al trote. Las puertas de la fortaleza están abiertas de par en par. Gracias á la presencia de mis dieciséis

hombres armados, reina allí una seguridad y una intimidad verdaderamente conmovedoras.

En la proa, los hombres del *Primauguet* beben y cantan con los balleneros. Por todas partes hay jolgorio. De lejos divisaba yo á Ives y á Goulven; no beben, pero hablan y pasean. Goulven, que es más alto, tiene el brazo sobre los hombros de su hermano; éste rodea con el suyo la cintura de Goulven; aislados ambos en medio de los otros, se pasean y charlan en voz baja.

Las copas se vacían en todas partes en medio de brindis caprichosos... El capitán, que al principio parecía la estatua de una divinidad marina, ó la personificación de un río, se anima y ríe á carcajadas que hacen temblar todo su cuerpo; su boca se abre como la de un cetáceo y dice en inglés cosas muy extrañas, y tiene conmigo confidencias suficientes para hacerle colgar: la conversación se convierte en dulce charla de pirata.

La peruana se retira á su habitación, y entonces se hace venir á un marinero *dibujado*, á quien desnudan, por completo, á los postres. Le desnudan precisamente para que yo vea los dibujos que representan la caza del zorro.

El dibujo comienza en el cuello: cazadores, pe-

rrros, caballos que galopan... todo eso bajando en espiral alrededor del tronco.

—¿No ve usted todavía el zorro? pregunta el capitán riéndose cada vez con más ruido.

Va á ser muy divertido, á lo que parece, descubrir el zorro, cuando de antemano hacer reír tanto. El capitán hace girar al hombre, ya ebrio del todo, alrededor de sí mismo, para seguir la cacería, que continúa bajando. Cerca de los riñones se interrumpe el dibujo y se adivina que aquello va á terminar.

—¡He aquí el zorro! grita el capitán, de cabeza de río, en el colmo de su alegría salvaje, dejándose caer de satisfacción y de risa.

La bestia perseguida se metía en su madriguera, y no se la veía más que medio cuerpo.

Esta era la gran sorpresa final. Se invitó al marinero á brindar con nosotros por el trabajo de haberse dejado ver.

Ya era tiempo de ir á tomar un poco de aire puro en el puente: el aire fresco y delicioso de la tarde. El mar continuaba inmóvil, pesado; lucía desde lejos reflejando los últimos resplandores del lado de Occidente. Ahora bailaban los hombres al són de una flauta en la que un aficionado tocaba aires muy alegres.

Al bailar, los balleneros lanzaban sobre nosotros miradas de gatos, en que iban mezcladas, por partes iguales, la timidez curiosa y el menosprecio feroz.

Ives y Goulven se paseaban siempre abrazados. Apresurábanse para lo que tenían que decirse en esta última conversación, conociendo que yo necesitaba partir pronto. Los dos hermanos se habían visto una vez quince años antes, cuando Ives era pequeño todavía, el día que Goulven había permanecido en Plouherzel, ocultándose como proscrito. Seguramente no volverían á verse nunca.

Ya era tiempo de partir. Ives y Goulven se abrazaron, y observé que Goulven lloraba.

Cuando volvíamos sobre el mar tranquilo y las primeras estrellas australes se encendían en el alto firmamento, Ives me hablaba de su hermano:

—No es muy feliz. No deja de ganar, sin embargo, y tiene en California una casita á la cual espera volver. Pero ¿qué quiere usted? Le mata la nostalgia.

El capitán me había jurado venir al día siguiente con su *peruana* á comer conmigo á bordo. Pero durante la noche el ballenero partió; no volvimos á verle.